

Voces sin miedo. Muerte

La vida es el despertar en la lucha por sobrevivir culminando en el camino del dormir lentamente la muerte. Aferrarse a la vida.

Paso a paso lento, sin subir la vista ingresé a aquel lugar como tantas veces, que ya había plasmado mis huellas invisibles pero presentes bajo mis pies.

Siempre era el mismo pensamiento arrebatado, de dar la vuelta y salir corriendo hacia la nada. Pero controlaba mi insolencia repentina. Habrá sido el respeto inculcado, que empujaba mi cuerpo hacia aquel punto fijo. Veía personas sin mirar, entreoír susurros y un que otro suspirar al pasar.

Parecía oponerme a la obligación de acercarme a esa madera reluciente que guardaba mi tesoro, una vida que no respiraba pero aún brillaba. Pálida su piel, cerrados sus párpados, juntas sus manos. Envuelta en ese manto blanco que contrastaba con la oscuridad que sacudía desesperadamente e inmutable mi ser. Oír condolencias que mi mente tergiversaba, porque mi yo, estancaba en nostalgia. Rechazando cariño de extraños, yo sólo deseaba la tibieza de su piel, el correr de su sangre y el abrir de sus ojos. Mi lógica no comprendía la presencia de siluetas vestidas de hombres. Pero tan débil, tan lejana que no podía hilar coherentemente oraciones, sin que mi aflicción brotara a borbotones en forma de incredulidad y negación silenciosa.

Afuera, los rayos de sol se entrometían entre el follaje de los árboles denotando un paisaje vital, pero áspero y nublado para mí. En mis narices, ese aroma, la muerte hedía por doquier, nauseabundo y dulce a la vez. Me preguntaba, ¿que esperábamos? ¿Acaso ella dormía? No lo sabía, pero mi cordura no me separaba de su lado, acariciando su frente y cabello gris, tan suave y exquisito como su personalidad. Me transmitía la paz de su rostro. Pero, repentinamente volví a la realidad.

¿Y cuando su ausencia se hiciera notar? Salir del letargo y no escuchar su canto, llamarla y escuchar la operadora, cortar flores para ella, ir por su beso curativo y ver sus plantas marchitas. Buscarla en cada habitación sin que nadie respondiera.

Procedí a sentarme en una banqueta, a la cual le faltaban partes, y una idea fugaz, ¡ja! Incompleta como yo en este instante pensé. Inerte comencé a

divagar y unir detalles, ¿esto era la muerte? Me dicté ausencia, angustia, confusión e impotencia. Recordé que entes pregonaban que consistía en un pasaje a una vida mejor, ¿pero? Mi madre repetía: “en nuestros corazones está inserta la esperanza de vivir eternamente”. Reconstruí semanas atrás. Ella, ajena a su oculta enfermedad, emanaba ánimo, energía, metas futuras y alegría con el calvario en sus huesos y la piel unida a ellos. Se había comprado un vestido y un calzado para salir a ver a su gran familia decía ella. Jamás los vi con ellos, porque esa misma noche, comenzó el cielo a llover.

Yo, impávida, con una sonrisa dibujada y las cuencas sinuosamente camufladas con maquillaje para que no advirtiera la tortura de mi tristeza. Pasaron años en horas, y en la irresistible agonía, desorientada, ella lidiaba consigo misma para reconocerse. Sé que lo hizo, lo sentí en cada célula que me mantenía con la entereza inventada en mi ser. Ante ese ruido ensordecedor e inquietante de su garganta no se le entendían las palabras, pero levantaba su mano para que le hicieran saber que no estaba sola. Ella, quien no se miraba en los espejos porque fundamentaba no ser ese reflejo. Su esencia era bella y fuerte, lozana y ferviente.

En esa camilla se aferraba a la vida y rogaba ¡sanar! Ante aquella mentira del que vestía chaqueta y le prometía que pronto volvería a ese cuarto a descansar. Y la vi irse, con la convicción de que en el alba la encontraríamos sonriendo. Luego... silencio.

El cansancio me agotó y me hundí en el sueño creyendo despertar luego de aquella pesadilla. Me despertó una voz apacible y escuché lo predecible de aquel mensaje caótico. Y así comenzó la ceremonia. Escuché acongojada, cuando sellaban esa caja con parte de mi amor adentro.

¿Acaso comprenden? La premonición, de fallecer no estuvo en ella, porque su sabiduría traspasaba las creencias populares. No dejó de batallar con valentía. Dicen que nada se asemeja a la muerte de un hijo, porque nadie me explicó, que la muerte de una madre se lleva tu corazón. ¡Ley de la vida dicen! Entonces la vida tiene principios muy crueles si creyéramos que perecer es ley.

R. Carolina Aguiar

La muerte, tanto la palabra como lo que representa, es un tema siempre complejo y difícil de tratar. Produce tanto miedo que da vértigo hablar de ella hasta el punto de querer ocultar su existencia, está ahí pero intentamos disimular su presencia y, cuando llega, queremos borrar cuanto antes que llegó y debemos levantarnos cuanto antes de este trance, pasar página. Tratamos de expulsar a la muerte de nuestra vida.

El tema de la muerte, a lo largo de la Historia, se ha visto y se ha tratado de diferentes maneras dependiendo de las culturas y religiones.

El ser humano siempre ha querido comprender el sentido de la muerte, ha querido buscarle una justificación, una explicación y su significado.

Las referencias a la muerte han sido constantes en todas las culturas y religiones, tanto en su aspecto de atracción como de rechazo, y siempre de respeto. Y todo esto se refleja en sus ceremonias y rituales.

En occidente la muerte es considerada un enemigo. Da miedo nombrarla. La muerte es tabú sin ser conscientes de que negar su existencia es negar una realidad, y esa negación es aún más dañina que la propia realidad de morir. Para los cristianos existe una vida eterna después de la vida terrenal, pero resulta curioso que si se cree en una vida eterna exista ese miedo a la muerte. Es tabú ¿por qué? Todo depende de la vida que llevemos y cuando nos llegue la muerte así tendremos nuestra vida eterna. Aquí entra la relación o conexión entre pecado y muerte. La muerte es consecuencia del pecado. Dios no creó la muerte, fue el hombre quien pecó por intervención del diablo y éste trajo la muerte, por tanto la muerte es pecado.

Hasta la llegada de Jesucristo la muerte era un castigo supremo, y a partir de ese momento todos los que creen en él serán salvados y redimidos sus pecados.

Morir, una palabra o un estado más de nuestra existencia, para unos es el principio, para otros el reencuentro y para otros el final. Pero para todos es un final de la vida terrenal como tal.

A nadie deja indiferente, todos pensamos en ella en algún momento, todos la hemos visto alrededor en algún momento, llega a todos. No somos inmortales, y nos creemos inmortales mientras vivimos, pero es la muerte la que nos hace inmortales. Sí, al morir quedará nuestro recuerdo, y mientras recordemos a los muertos seguirán vivos, somos inmortales gracias a la muerte que deja en herencia a los vivos nuestro recuerdo. El recuerdo es nuestro espíritu. ¿Quién no recuerda o nombra a una persona muerta, alguna vez? Hasta tenemos una festividad en la que los recordamos, el Día de los Difuntos.

La muerte siempre tiene su mano tendida, solamente es cuestión de tiempo, tanto si vas a buscarla como si no, ella te encontrará. Vivimos para morir.

Deberíamos aprender a morir mientras vivimos, así cada pérdida que sufrimos, el vacío que deja su presencia física, lo llenaríamos de recuerdos, con sus palabras, sus sonrisas, sus lágrimas, sus pensamientos, y la nostalgia se paralizaría y comprenderíamos la dignidad de la vida y qué es perder de verdad. La muerte es el final de la vida.

Juan Luis Segura Cobo

MICOLUMNA

Casos y Cosas

José Luis Albiñana

SATISFACCIÓN DE LOS CIUDADANOS. Satisfacción de los ciudadanos por la implantación de los pasos de peatones a todo lo largo de la preciosa calle de Doña Crisanta. Días pasados hemos recibido llamadas telefónicas, escritos y bastantes conversaciones callejeras de ciudadanos de Tomelloso, relativos a la implantación de los citados pasos de peatones, que no constituyen solamente una seguridad para los viadantes —a la hora de cambiarse de acera— sino que sirven también para que esos —sobre todo, automovilistas y motocicletas— que quieran emular a Fitipaldi y compañía, se vean obligados a moderar la velocidad y no sean un auténtico peligro, pisando inconscientemente el acelerador. Y ya que andamos por la calle Doña Crisanta, desde las obras de la calle Don Eliseo los vehículos al acceder a Doña Crisanta, dan unos baldestazos de aquí no te esperes porque la rampa la han construido muy corta y pronunciada. Ya mismo tienen que suavizar esa rampa de acceso a otra calle.

SEÑAL DE PASO DE PEATONES QUE RESTA VISIBILIDAD. Nos referimos a la nueva señalización vertical implantada en la calle Don Eliseo Ramírez esquina con Independencia. Expliquemos el problema: en la esquina de la calle Independencia hay instalado un espejo y después de la remodelación de la esquina han colocado una necesaria señal de paso de peatones. ¿Y qué ocurre?, que esta última señal vertical impide ver con claridad el espejo, por lo que procede que por parte de los técnicos traten de solucionar este problema, que lo es, colocando la señalización de tal manera que el espejo quede libre de obstáculos para que se vea por donde aparecen los vehículos. Los técnicos municipales en la materia tienen la palabra y los conocimientos para solucionar este problemilla... Dicho queda.

POCO A POCO VAN DESAPARECIENDO LOS BOLARDOS. De verdad que es una auténtica lástima que poco a poco vayan desapareciendo (por derribo) los bolardos colocados en la calle Don Eliseo, muy comercial, que por cierto ha quedado muy bonita, aunque a algunos, los de siempre, no les parezca bien o no les guste, allá ellos. Pero a lo que íbamos: poco a poco han sido derribados los bolardos (hemos contado la falta de 11) que inexpertos conductores se llevaron por delante. En quincenas anteriores ya dijimos que ese problema, según nos han informado, se puede solucionar cogiendo los bolardos con unas lañas amarradas con cemento fuerte, de esa forma será mucho más difícil tirarlos al suelo. Dicen los que entienden que con esos “tres esparraguillos” y el pegamento que le han puesto no sirven para nada. Nosotros pensamos que esas personas llevan razón. ¡Rectificar es de sabios!

LA TORRETA DEL MARCADOR DEL ESTADIO MUNICIPAL. La torreta del marcador del Estadio Municipal necesita una urgente reparación. Vista desde la zona del mercadillo presenta muy mal aspecto y eso no es bueno... ¿Nos entienden?

A VUELTAS CON LOS POSTES EN LAS ACERAS. Lamentamos tener que insistir en este problema que no acaba de solucionarse. Y es el peligro que propician esos postes que sujetan los cables de la luz y que están colocados en el centro de las aceras. Hay que recordar que esos postes los colocó Gas Natural-Fenosa para amarrar los cables cuando se producían demoliciones de casas, que desgraciadamente tendrán que estar ahí, en algunos casos, muchos años hasta que se construya una edificación. Concretamente en la calle Veracruz número 4 hay un solar cerrado más de diez años y los postes están ahí en medio de la acera por donde han de cruzar muchas personas. Con los carritos de los niños o los motorizados resulta totalmente imposible cruzar, obligándoles a que se bajen a la calzada, donde muchas veces se topan con automóviles aparcados. Sería conveniente obligar a Gas Natural a que coloquen esos postes dentro del solar. En el solar que han cerrado recientemente en la calle Ismael de Tomelloso también hay tres postes que obstaculizan el paso por la acera y de poste en esa misma acera —hace tiempo— dejaron dos restos de poste que sobresalen del rasante de la acera unos siete u ocho centímetros. ¡El peligro acecha! Esto es el título de una película, pero lo cierto es que esos restos de poste constituyen un tremendo peligro.